

El silencio de una madre

Francisco Bobadilla Rodríguez

Universidad de Piura

Hace cincuenta años que murió en un accidente automovilístico Albert Camus (1913-1960). Premio Nobel de literatura en 1957, tenía apenas 47 años al morir y, como él mismo decía, su obra aún no había empezado. Muerte prematura la suya que deja en el tintero más preguntas que respuestas acerca de la condición humana, como puede apreciarse en sus novelas, dramas teatrales, ensayos, apuntes y artículos periodísticos.

Una clave importante para comprender el sentido de su literatura está en el prólogo que escribiera, veinte años después, a la edición de su primer libro:

Si pese a tantos esfuerzos por edificar un lenguaje y dar vida a los mitos, no consiguiera yo algún día volver a escribir *El revés y el derecho* (1937), entonces no habría llegado a nada. Ésa es mi oscura convicción. Nada me impide, en todo caso, soñar que lo lograré, imaginar que emplazaré en el centro de esa obra el admirable silencio de una madre y el esfuerzo de un hombre para volver a encontrar una justicia o un amor que equilibre ese silencio.

Camus pasó su niñez y adolescencia en Argelia al cuidado de su abuela, mujer recia y de mano firme; y de su madre, quien sufría de una cierta sordera y trabajaba duro atendiendo labores domésticas en casas de otros. Una infancia sencilla, sin comodidades, con presupuesto ajustado como el de tantas familias modestas que luchan por salir de la pobreza. De esa época, narra Camus esta escena con su madre: "Ella nunca lo ha acariciado, puesto que no habría sabido hacerlo. Y él se queda entonces varios minutos mirándola (...). Ella no piensa en nada. Fuera, la luz, los ruidos. Aquí el silencio en la noche. El niño crecerá, aprenderá (...). Su madre mantendrá siempre esos silencios, y él crecerá en el dolor". El joven Camus que escribe *El revés y el derecho* a sus 24 años se pregunta: "sentir lástima por su madre, ¿será eso amarla?".

Esta duda no es desapego o indiferencia. Es la perplejidad de quien ha tenido que aprender a amar por su cuenta como lo deja anotado en sus *Cuadernos*:

Argelia: Nosotros no sabíamos amar. Vida sin amor (no sin goces). La madre no es una fuente de amor. A partir de entonces, lo más largo en el mundo es aprender a amar.

La muerte le tomó la delantera a Camus mientras escribía *El primer hombre*, novela inconclusa en cuyo centro estaba el admirable silencio de su madre y la búsqueda de su origen histórico: su padre –a quien no conoció– murió en la Gran Guerra. Viajó, buscó, preguntó, interrogó a su madre y muy poco pudo conocer de su padre. Y le pasó a Camus, lo que le pasó a San Agustín –a quien conocía y admiraba– cuando el santo se da cuenta que a Dios se le encuentra dentro del alma en gracia y no vagabundeando entre los brillos de cristales y artificios: “Yo había buscado locamente al padre que no tenía –escribe Camus en sus *Cuadernos*– y ahora descubría lo que siempre tuve: a mi madre y su silencio”. Pero como bien saben los hijos, el silencio de una madre no es cualquier silencio, es un silencio arropador, mudez que acompaña. Remedio de la soledad.

Mirar la vida, en su revés y derecho, a los 20 años no es lo mismo que mirarla a los 40 y eso se nota en la obra de Albert Camus. Su ensayo *El hombre rebelde* (1951), la novela *La caída* (1956), los relatos de *El exilio y el reino* (1957), sus *Cuadernos* (1951-1959) y, especialmente, la novela inconclusa que dejó a su muerte (publicada por su hija en 1991) nos muestran a un artista rebelde y consciente de los límites de lo humano. La suya no es una postura nihilista y se alza, valientemente, contra toda desmesura que intente suprimir la naturaleza humana. Sus respuestas, aunque siguen siendo balbuceos como de quien se moviliza en carretera con neblina, distan mucho de ser las posturas del intelectual pedante que sienta en el mismo banquillo de acusados a Dios y al diablo. Más bien diría que, al igual que François Mauriac, Dios se encuentra al final de sus obras, al acecho. De ahí que con toda razón, Camus haya escrito en sus *Cuadernos*: “Yo no creo en Dios y no soy ateo”.

En *El primer hombre* hay un pasaje muy ilustrativo de la propia autoconciencia que Camus tenía de su descreimiento religioso:

A decir verdad, la religión no ocupaba lugar en la familia. Nadie iba a misa, nadie invocaba o enseñaba los divinos mandamientos, nadie aludía tampoco a las recompensas y a los castigos del más allá. Cuando decían de alguien, delante de la abuela, que había muerto: “Bueno”, decía, “estiró la pata”. Si se trataba de una persona por quien se suponía que sentía afecto: “Pobre”, decía, “todavía era joven”, aunque el difunto hubiera llegado hacía tiempo a la edad de morir.

Si a esta disposición general se añadía la aspereza de la lucha y el trabajo cotidianos, sin contar, en lo que concierne a la familia de Jacques, el desgaste terrible de la pobreza, resulta difícil encontrar el lugar de la religión.

No había lugar para la religión, pero el *humus* en el que se crió estaba compuesto de costumbres austeras que aún conservaban el patrimonio cultural católico de la abuela y la mamá. Si a esto sumamos el testimonio que el pastor metodista Howard Mumma¹ deja sobre sus encuentros con Camus, se puede decir que, incluso en su descreimiento, fue un hombre profundamente religioso. Buscador no sólo de su padre sino también del Origen.

Camus, en su rebeldía, un moderno; en su talante, tremendamente clásico. En *El hombre rebelde* escribió:

El hombre es la única criatura que se niega a ser lo que es. El problema está en saber si esta negativa no puede llevarlo sino a la destrucción de los demás y de sí mismo, si toda rebeldía debe concluir en una justificación del crimen universal, o si, por el contrario, sin pretensión a una imposible inocencia, puede descubrir el principio de una culpabilidad razonable.

Y como lo diría Charles Moeller², conocedor no sólo de la fragilidad humana, sino también de su malicia, precisamente porque en su búsqueda por las respuestas que le aclarasen los radicales de la condición humana, bebía de la cultura cristiana.

¹ Cfr. Howard MUMMA, *El existencialista hastiado. Conversaciones con Albert Camus*. Madrid, Ediciones Voz de papel: 2005.

² Charles MOELLER desarrolla muy sugestivamente las ideas de fragilidad y malicia en su libro: *Sabiduría griega y paradoja cristiana* (Madrid: Ediciones Encuentro, 2008).